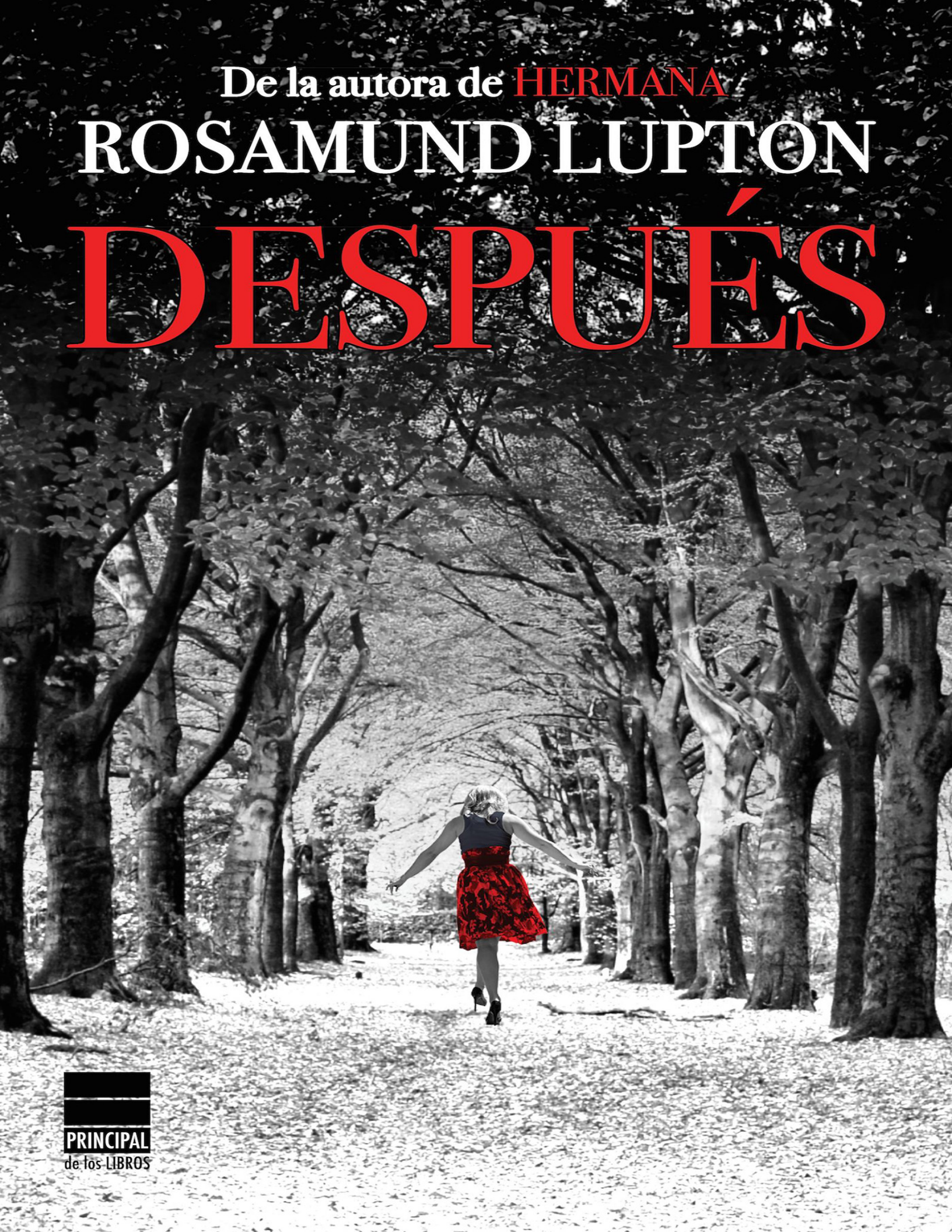


De la autora de **HERMANA**  
**ROSAMUND LUPTON**  
**DESPUÉS**



**PRINCIPAL**  
de los LIBROS

# **DESPUÉS**

**Rosamund Lupton**

**Traducción de Claudia Casanova**



# DESPUÉS

V.1: Junio, 2014

Título original: *Afterwards*

© Rosamund Lupton, 2011

© de la traducción, Claudia Casanova, 2012

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2014

Diseño de cubierta: Aideé Morales

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-06-0

IBIC: FA

Depósito Legal: B. 15853-2014

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo

puede ser efectuada con la autorización de los titulares,  
con excepción prevista por la ley.

# **DESPUÉS**

Un día perfecto, un crimen terrible. En una tarde tranquila, Grace advierte que la escuela donde estudia su hijo Adam, de ocho años, y donde trabaja su hija Jenny, de diecisiete, está ardiendo. Sin pensarlo dos veces, irrumpe en el edificio en llamas para salvarlos.

En el hospital, Grace descubre que el incendio fue provocado y que su hija Jenny todavía está en peligro. A pesar de la gravedad de sus heridas, Grace sabe que tiene que descubrir al culpable y hará cuanto sea necesario para salvar a su familia.

El poderoso y elegante estilo de Rosamund Lupton, que ya exhibió en *Hermana*, hace de esta novela un magnífico thriller psicológico, capaz de emocionar, conmover y erizar el vello del lector más curtido.

*Después* ha sido escogido uno de los diez mejores libros de 2011 por Amazon y como mejor libro del año 2011 por la cadena de librerías inglesa Waterstones. Fue la segunda novela más vendida en 2011 en Reino Unido.

# ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis hijos Cosmo y Joe  
No podría estar más orgullosa

Ver un mundo en un grano de arena,  
El cielo en una flor silvestre,  
Abarcar el infinito en la palma de tu mano  
Y la eternidad en una hora.

*Augurios de inocencia, WILLIAM BLAKE*

# Prólogo

No podía moverme, ni siquiera levantar el dedo meñique, o parpadear. Ni siquiera podía abrir la boca para gritar.

Luchaba, tanto como podía, para mover la enorme y pesada masa en que mi cuerpo se había convertido, pero estaba atrapada bajo el casco de un inmenso barco que había naufragado y reposaba en el lecho del océano. No podía moverme.

Tenía los párpados cerrados, como si estuvieran soldados. Los tímpanos, rotos. Las cuerdas vocales, arrancadas.

Oscuridad total y un silencio absoluto e implacable a mi alrededor; una milla de agua negra por encima de mí.

Sólo puedo hacer una cosa, me dije, pensando en ti, y me deslicé fuera del barco hundido que es mi cuerpo para ascender por la inmensidad del océano negro.

Nadé hacia arriba, hacia la luz del sol, con todas mis fuerzas.

Después de todo, no estaba tan lejos. A menos de una milla.

Porque de repente me encontré en una habitación blanca, de luz brillante, con un fuerte olor a antiséptico. Escuché voces, y mi nombre.

Vi la parte del cuerpo que era «yo» en una cama de hospital. Contemplé a un médico abriéndome los párpados y apuntando una pequeña linterna hacia mis ojos; otro estaba bajando la inclinación de la cama, un tercero colocándome el gota a gota.

Sé que no vas a creerme. Eres un hombre capaz de poner presas en los ríos y escalar montañas; un hombre que *conoce* las leyes de la naturaleza y de la física. «¡Tonterías!», le dices a la tele, cuando sale alguien hablando de fenómenos paranormales. Aunque serás más amable con tu esposa, y no dirás que mis palabras deberían acabar en una granja para cerdos, yo sé que pensarás que es imposible. Pero las experiencias extracorporales existen. Se publican artículos que hablan de ellas, sale gente debatiéndolas en Radio 4.

Y si esto era real, ¿qué debía hacer yo? ¿Abrirme paso hasta los médicos y apartar a la enfermera que me estaba afeitando la cabeza? «¡Disculpen! ¡Perdón! ¡Déjenme pasar! Lo siento, esto es mi cuerpo, si no me equivoco. ¡Estoy aquí, a su lado!».

Se me ocurren ideas ridículas porque estoy asustada.

Tan asustada que tiemblo, me estremezco, siento náuseas.

Y con el miedo, el recuerdo.

Un calor devorador, llamas desatadas y el humo asfixiante.

La escuela ardiendo.

# Capítulo 1

Esa tarde estabas en tu importante reunión de la BBC, así que no sentiste la fuerte y cálida brisa —«¡Qué maravilla, ideal para un día al aire libre, como caída del cielo!», comentaban los padres y madres que sí estaban— y yo pensaba que incluso si Dios existía, estaría demasiado ocupado con la gente que se moría de hambre en África, o los huérfanos abandonados en Europa del Este como para preocuparse de que la carrera de sacos de Sidley House disfrutara de aire acondicionado gratis.

El sol rebotaba sobre las líneas blancas pintadas en la hierba; los silbatos que colgaban del cuello de los árbitros brillaban, y hasta el pelo de los niños resplandecía. Tenían pies conmovedoramente grandes para sus piernecillas, y saltaban sobre la hierba mientras corrían la carrera de los cien metros lisos, la de sacos, la carrera de obstáculos. En verano en realidad no se puede ver la escuela, porque los enormes robles, aunque estén podados, la ocultan, pero sabía que aún había una clase en el edificio y me pareció que era una lástima que los más pequeños no disfrutaran también de la tarde.

Adam llevaba su insignia, la que acabábamos de regalarle esa mañana, con sus «¡Tengo 8 años!». Se acercó correteando hacia mí, con la carita resplandeciente, porque iba a buscar su pastel a la escuela, *¡ahora mismo!* Rowena

tenía que ir a buscar las medallas, así que le acompañaría; Rowena, que había ido a Sidley House con Jenny, un montón de lunas atrás.

Cuando se fueron, miré a mi alrededor para ver si Jenny había llegado. Pensé que después de su desastre en la selectividad debería empezar a acudir a clases de repaso para los exámenes de recuperación, pero aun así ella insistía en trabajar en Sidley House para pagarse el viaje que tenía planeado hacer a Canadá. Es extraño pensar en lo mucho que me preocupaba.

Creía que a sus diecisiete años trabajar como profesora adjunta de manera temporal ya era bastante duro, y ahora durante la tarde ejercía también de enfermera en la escuela. Durante el desayuno, habíamos mantenido una amable discusión al respecto.

*—Es que eres un poco joven para tanta responsabilidad.*

*—Es el día de deportes al aire libre de la escuela, mamá, no un accidente de coche en la autopista.*

Pero ahora su turno casi había terminado —sin accidentes de ningún tipo— y pronto se reuniría con nosotros. Estaba segura de que se moría de ganas de abandonar la diminuta habitación médica, de aire cargado, que se encontraba casi arrinconada en el piso superior de la escuela.

Durante el desayuno me fijé en que llevaba la faldita roja con volantes y una camiseta bastante suelta. Le dije que no tenía un aspecto muy profesional, ¡pero aún tenía que llegar el momento en que Jenn hiciera caso de mis consejos sobre ropa!

*—Deberías dar gracias de que no me ponga tejanos caídos.*

—¿Quieres decir esos que cuelgan del trasero de los chicos?

—Ajá.

—Siempre que los veo me dan ganas de subírselos.

Se echa a reír.

*Sus largas piernas están preciosas bajo la faldita, demasiado corta y algo descarada. A pesar de mí misma, me siento un poco orgullosa. Aunque creo que las piernas se las debe a ti.*

Maisie llega al campo de juegos, con sus chispeantes ojos azules y una gran sonrisa en su cara. Hay gente que se burla un poco de ella porque es una chicarrona alegre y algo patosa que siempre lleva camisetas divertidas (y cuando son de manga larga, estrambóticas), pero casi todos la queremos mucho.

—Gracie —dijo, abrazándome—. He venido a recoger a Rowena. Me ha mandado un mensaje hace un rato, diciendo que el metro estaba fatal. Así que ya sabes, mamá chófer al rescate.

—Ha ido a por las medallas —le dije—. Adam iba con ella, para lo del pastel. Volverán de un momento a otro.

Sonrió.

—¿Qué tipo de pastel toca este año?

—Una bandeja de bizcocho de chocolate de Marks & Spencer. Addie excavó una trinchera con una cucharilla para el café y sacamos los Maltesers y los reemplazamos por soldaditos. Es un pastel temático de la Primera Guerra Mundial. Un poco violento, pero entra dentro del programa de estudios, así que no creo que a nadie le importe.

—¡Fantástico! —se echó a reír.

—Bueno, no tanto, pero a él se lo parece.

—¿Es tu mejor amiga, mamá? —me preguntó Adam hace poco.

—Probablemente, sí —respondí.

Maisie me entregó una «cosita» para Adam, un pequeño regalo envuelto con primor; yo sabía que contendría un regalo perfecto. Es fantástica con los regalos, y es una de las muchas cosas por las cuales la adoro. Otra es que iba a la carrera del día de la madre cada año mientras Rowena estuvo en Sidley House, y siempre llegaba la última, casi una milla por detrás, ¡pero no le importaba un *comino*! No tiene ni una sola prenda de *lycra*, y a diferencia de virtualmente casi todas las mamás de Sidley House, jamás ha entrado en un gimnasio.

Lo sé. Me estoy entreteniendo, hablando del soleado campo de juegos con Maisie. Lo siento. Pero es duro. Es que me acerco a algo que es muy, muy duro.

Maisie se fue para ir a buscar a Rowena a la escuela.

Miré mi reloj; eran casi las tres.

Aún no había señales de Jenny ni de Adam.

La profesora de primaria sopló en su silbato para anunciar la última carrera —los relevos—, y por el altavoz pidió a los equipos que se colocaran en posición de salida. Me preocupaba que Addie tuviera problemas si no llegaba pronto a su lugar designado.

Miré hacia atrás, en dirección a la escuela, pensando que en cualquier momento los vería avanzando hacia mí.

Del edificio de la escuela salía una columna de humo. Oscuro, negro, espeso como el de una hoguera. Recuerdo, sobre todo, la calma. La ausencia de pánico. Pero sabía que avanzaba hacia mí, acelerando, como un monstruo.

Tenía que esconderme. Rápido. No. No estoy en peligro. Este terror no es por mí. Mis hijos están en peligro.

Un golpe en el pecho, seco y duro.  
Hay un incendio y ellos están ahí dentro.  
*Están ahí dentro.*

Corrí a la velocidad de un grito. Corrí tanto que no tuve tiempo de respirar.

Un grito que corre y que no se detiene hasta que pueda abrazarlos de nuevo a los dos.

Salgo disparada, oigo sirenas a toda máquina en el puente. Pero los camiones de bomberos no avanzan. Hay coches abandonados cerca del semáforo que obstaculizan su camino, y mujeres que salen de los demás coches que se han quedado parados en medio de la carretera y que cruzan el puente hacia la escuela. Pero todas las madres estaban allí conmigo, en el día de los deportes al aire libre. ¿Qué hacían esas mujeres, quitándose los zapatos de tacón y tropezando en sus sandalias y gritando mientras corrían, igual que yo? Reconocí a una madre que tenía a su hijo en la clase de acogida. Eran las madres de los niños de cuatro años, que venían a recogerlos como cada tarde. Una había dejado a su bebé en su todoterreno, y el crío no paraba de golpear la ventanilla, mientras veía a su mamá participando en la horrible carrera de madres.

Entonces yo llegué la primera, antes que las demás madres, que aún tenían que cruzar la carretera y bajar el camino hasta el edificio.

Los niños de cuatro años estaban esperando en fila india frente a la escuela, con su profesora; un pequeño y ordenado cocodrilo. Maisie estaba con ella, rodeándole los hombros con el brazo, y me di cuenta de la expresión alterada de la profesora. A sus espaldas, lenguas de humo

negro salían de la escuela como si fueran la chimenea de una fábrica, manchando el cielo azul de verano.

Y Adam estaba fuera —*¡fuera!*— cerca de la estatua de bronce y sollozaba contra Rowena, que le abrazaba con fuerza. En ese momento de alivio, el amor me inundó, salió con fuerza hacia mi hijo y no solamente hacia él, sino que envolvió a la muchacha que le estaba calmando.

Me permití un segundo, quizá dos, y sentí un alivio inmenso por Adam. Luego busqué a Jenny. Pelo corto, rubia, esbelta. No había nadie como Jenny fuera. Desde el puente, las sirenas ulularon.

Los críos de cuatro años empezaron a llorar al ver a sus madres corriendo, abalanzándose hacia ellos por el camino, con lágrimas en sus mejillas, los brazos estirados hacia ellos, esperando el momento de abrazarlos, sostener a sus hijos, ponerlos a salvo.

Me giré hacia el edificio en llamas, mientras las columnas de humo negro escapaban de las aulas en la segunda y tercera planta.

Jenny.

## Capítulo 2

Subí por la escalera principal y abrí la puerta de entrada de la escuela, que daba a un pequeño vestíbulo. Por un instante, todo pareció normal. En la pared colgaba la fotografía enmarcada de los primeros estudiantes de Sidley House, sonriendo con sus caritas de bebés. (Rowena era excepcionalmente linda entonces, Jenny nuestro patoso patito feo). Más allá, el menú del día, con dibujos y palabras; pastel de pescado con guisantes. Y me sentí increíblemente tranquila. Era igual que venir a la escuela cada día.

Traté de abrir la puerta del vestíbulo que daba a la escuela propiamente dicha. Por primera vez me di cuenta de lo mucho que pesaba. Era una puerta a prueba de incendios. Mis manos temblaban demasiado como para agarrar el picaporte. Además, quemaba. Yo llevaba las mangas de la camisa enrolladas; las bajé y me protegí la mano con ellas. Luego abrí la puerta.

Grité su nombre, una y otra vez. Y cada vez que lo hacía, el humo entraba en mi boca y se deslizaba por mi garganta y pulmones hasta que no podía gritar más.

El sonido de las cosas ardiendo, silbando y quebrándose; una serpiente gigante de fuego reptando por todo el edificio.

Encima de mí, algo se vino abajo. Oí y sentí el golpe.

Después, un rugido de ira: el fuego había descubierto oxígeno fresco.

El fuego estaba encima de mi cabeza.

Jenny estaba ahí.

Apenas distinguía el camino hacia las escaleras. Empecé a subir. El calor era más fuerte y el humo más espeso.

Llegué al primer piso.

El calor me golpeó en pleno rostro, en todo el cuerpo.

No podía ver nada. Todo estaba negro, más oscuro que el propio infierno.

Sabía que tenía que llegar al tercer piso.

Tenía que llegar hasta Jenny.

El humo se había instalado en mis pulmones. Me costaba tanto respirar, como si tuviera alambre de espinos en la garganta.

Me dejé caer de rodillas. Recordaba, por algún antiguo ejercicio de simulacro de incendio, que allí es donde se esconde el preciado oxígeno. Un pequeño milagro me permitió respirar.

Avancé a gatas hacia delante, como una ciega sin bastón, palpando el suelo con los dedos, tratando de localizar las escaleras. Según mis cálculos, debía estar cruzando la biblioteca, con su enorme alfombra de brillantes colores. Sentí su tacto bajo mis dedos, el nailon fundiéndose y encogiéndose bajo el calor, y mis yemas quemadas. Me asustó pensar que muy pronto estarían demasiado quemadas como para sentir nada. Era como el hombre del libro de mitología de Adam, que se aferra al hilo de Ariadna para poder salir del laberinto; excepto que mi hilo era una alfombra que se derretía.

Llegué al final de la alfombra y noté que cambiaba la textura del suelo, y luego el primer escalón. Empecé a subir las escaleras hacia el segundo piso, gateando todavía, inclinando la cara hacia abajo para respirar oxígeno.

Durante todo ese tiempo, me negaba a creer que aquello podía suceder. Este lugar no era eso; era niños de mejillas suaves, dedos en las escaleras, cordeles colgando en las aulas con los dibujos de los alumnos expuestos. Era salas de lectura, sagas de libros, cojines mullidos y fruta cortada en la pausa del recreo.

Era un lugar seguro.

Otro paso más.

A mi alrededor, los pedazos de la infancia de Jenny y Adam caían sin cesar.

Otro paso.

Me sentía mareada, envenenada por el humo.

Otro, aún.

Una batalla. Yo contra el fuego vivo, su aliento de llamas que quiere matar a mi niña.

Otro.

Sabía que nunca llegaría al tercer piso; que me mataría antes de que pudiera alcanzarla.

Supe que estaba ahí, en lo alto de las escaleras. Había logrado bajar un piso.

Era mi hijita, y yo estaba ahí y todo terminaría bien. Ahora todo iría bien.

—¿Jenny?

No habló ni se movió y el rugido del fuego se acercaba y yo no podía respirar durante mucho más tiempo.

Traté de levantarla como si fuera una niña pequeña, pero pesaba demasiado.

La arrastré escaleras abajo, tratando de utilizar mi cuerpo como un escudo para protegerla del fuego y el

calor. No iba a pensar en si estaba herida. No, aún no. No hasta que llegara al pie de las escaleras. No, hasta que estuviera a salvo.

Te grité en silencio, como si telepáticamente pudiera convocarte para que nos ayudaras.

Y mientras la arrastraba, un escalón tras otro, por las escaleras, intentando huir del despiadado calor y de las llamas que todo lo devoraban y del humo, pensé en el amor. Me aferré al amor. Era tranquilo y apacible y frío.

Quizá sí se produjera una conexión entre nosotros en ese momento, porque debías estar en tu reunión con los productores de la BBC, para analizar el desarrollo de tu serie documental, «Entornos hostiles». Ya habíais emitido una temporada sobre junglas cálidas y húmedas, y desiertos áridos y calientes, y ahora querías centrar la siguiente tanda de capítulos en los salvajes paisajes helados de la Antártida, para crear un contraste. Así que quizá fuiste tú quien me ayudó a pensar en una extensión blanca y silenciosa de amor, mientras tiraba del cuerpo de Jenny escaleras abajo.

Pero antes de que pudiera llegar abajo, algo me golpeó, me lanzó hacia delante, y todo se volvió negro.

Mientras perdí la conciencia, te hablé.

*—Un bebé que no ha nacido aún no necesita aire, ¿lo sabías?*

Pensé que no lo sabrías. Cuando estaba embarazada de Jenny traté de buscar tanta información como fuera posible, pero tú tenías demasiadas ganas de que llegara, eras impaciente y no querías distraerte con su prólogo. Así que no sabes que un bebé que no ha nacido aún, un feto que nada en el fluido amniótico no puede respirar, o se ahogaría. No tiene agallas temporales, para que pueda nadar como pez hasta el nacimiento. No, el bebé obtiene su oxígeno del cordón umbilical que lo une con su madre.

Cuando lo descubrí, me sentí como una reserva de oxígeno atada a un submarinista diminuto e intrépido.

Pero en cuanto nació, el oxígeno materno se cortó y entró en el nuevo elemento, el aire. Hubo un momento de silencio, un segundo escarpado como si estuviera al borde del precipicio de la vida, decidiéndose. Antiguamente solían darle un golpe en las nalgas al bebé para escuchar el tranquilizador berrido del aire llenando los pulmones. Hoy en día observan atentamente para detectar la pequeña subida del pecho del bebé, y escuchan el susurro del aire — dentro, fuera— que garantiza que la vida en el nuevo entorno del aire ha empezado.

Y entonces yo lloré y tú gritaste vivas —¡te pusiste a gritar viva!— y sacaron fuera el equipo de respiración asistida para el bebé, porque ya no hacía falta. Era un parto normal. Era un bebé sano. Se sumaría a los miles de millones de bebés del planeta que respiran, dentro, fuera, sin pensarlo.

Al día siguiente, tu hermana me envió un ramillete de rosas con gipsófilos, popularmente conocidos como «respiración de bebé», unas pequeñas florecitas blancas muy lindas. Pero la respiración de un bebé recién nacido es más hermosa que una flor de diente de león.

Una vez me dijiste que al caer inconsciente, el último sentido que se pierde es el oído.

En la oscuridad creí oír a Jenny inspirar, un ruido tan frágil como una flor de diente de león.

## Capítulo 3

Ya te he contado lo que sucedió cuando desperté. Estaba atrapada bajo el casco de un enorme barco que había naufragado y estaba posado en el lecho del océano.

Que nadé lejos del barco hundido que era mi cuerpo, hacia el océano negro como la tinta, y ascendí hacia arriba, hacia la luz.

Que vi la parte del cuerpo que era «yo» en la cama de un hospital.

Que sentí miedo, y al sentirlo, recordé.

El calor abrasador, las llamas rugiendo y el humo asfixiante.

*Jenny.*

Salí corriendo de la habitación para encontrarla. ¿Crees que debería haber intentado introducirme en mi cuerpo? Pero, ¿y si me quedaba allí atrapada, en el interior, sí, y sin poder salir? ¿Cómo iba a encontrarla, entonces?

En la escuela en llamas, la había buscado en medio de la oscuridad y el humo. Ahora recorría pasillos blancos iluminados con una brillante luz, pero sentía la misma desesperación. Tenía que encontrarla. El pánico me hizo olvidar el cuerpo que yacía en la habitación, mi cuerpo, y me acerqué a un médico, y le pregunté: «*Jennifer Covey. Diecisiete años. Mi hija. El incendio*». El médico giró pasillo

abajo. Le perseguí, gritándole: «¿*Dónde está mi hija?*». Se alejó.

Interrumpí a dos enfermeras: «*Mi hija, ¿dónde está mi hija? Estaba en el incendio. Jenny Covey*».

Siguieron charlando sin contestarme.

Me ignoraron una y otra vez.

Empecé a gritar, tan fuerte como pude, chillando hasta que mi voz rebotaba en las paredes, pero a mi alrededor todos estaban sordos y ciegos.

Entonces recordé y me di cuenta de que era yo, yo era muda e invisible.

Nadie iba a ayudarme a encontrarla.

Corrí por el pasillo, lejos del ala del hospital donde estaba mi cuerpo, explorando el resto del edificio, y luego volví, buscándola frenéticamente.

—¡No puedo creer que no seas capaz de encontrarla! —dijo la niñera que vive en mi cabeza. Llegó justo antes de que diera a luz a Jenny, y su voz crítica reemplazó los elogios de mis profesoras—. Así no vas a dar con ella, ¿lo sabes, no?

Tenía razón. El pánico me había transformado en una partícula de movimiento browniano, de un lado para otro, sin lógica ni dirección.

Pensé en ti, en lo que tú harías, y me obligué a pararme.

Empezarías por la planta de abajo, desde el extremo izquierdo, como haces en casa cuando algo se ha perdido, y entonces avanzarías hacia la punta derecha, luego subirías al piso de arriba, barriendo metódicamente todo el área hasta encontrar el móvil/pendiente/tarjeta de bus/volumen 8 de Beast Quest.

Me ayudaba pensar en los libros de Beast Quest, y en los pendientes perdidos, porque los pequeños detalles de nuestras vidas me anclaban, me calmaban.

De modo que avancé más lentamente por los pasillos, aunque sentía ganas de correr, y traté de leer los carteles con cuidado, en lugar de pasar volando frente a ellos. Había señalizaciones que indicaban el camino a los ascensores, a oncología, al ambulatorio y la sección de pediatría; diminutos reinos de alas y clínicas y quirófanos y servicios asistenciales.

Un cartel que indicaba el camino al depósito de cadáveres se cruzó en mi camino y se alojó en mi retina, pero no tomé esa dirección. Ni siquiera me lo planteé.

Vi otro que iba a la unidad de Accidentes y Emergencias. Quizá todavía no la habían trasladado a ningún ala del hospital aún. Tal vez seguía en urgencias.

Corrí hacia allí.

Entré. Me crucé con una mujer encima de una camilla, sangrando. Un doctor corría y su estetoscopio chocaba contra su estómago; las puertas de la entrada de ambulancias se abrieron de golpe y una sirena chillona invadió el pasillo blanco, su pánico rebotó en las paredes. Era un lugar de prisas y tensión y dolor.

Miré en un cubículo tras otro, separados por frágiles cortinillas azules que dividían el espacio en intensas escenas de dramas separados. En uno, apenas consciente, estaba Rowena. Maisie sollozaba a su lado, pero yo solamente me detuve el tiempo suficiente para comprobar que no era Jenny, y seguí buscándola.

Al final del pasillo había una habitación, no un cubículo.

Me fijé en que los médicos entraban sin cesar, pero ninguno salía.

Los seguí.

Había alguien terriblemente herido en la cama que había en mitad de la habitación, rodeada de médicos.

No supe que era ella.

Habría reconocido el llanto de mi bebé de entre todos los demás, cuando nació; su manera de llamar a su mamá era única, inequívocamente distinta a la de los demás bebés. En cualquier obra, yo identificaba inmediatamente su cara, no importaba cuántos niños hubiera en el escenario. La conocía más profundamente de lo que me conocía a mí misma.

De niña, me sabía cada centímetro cuadrado de su cuerpo; cada pelo en sus cejas. Había observado cómo se dibujaban, trazo a trazo, desde los primeros días después de su nacimiento. Durante meses la miré, hora tras hora, día tras día, mientras se alimentaba de mis pechos. Nació un oscuro mes de febrero, y cuando la primavera se convirtió en el verano de la luz, se hizo más intensamente claro lo mucho que la conocía.

Durante nueve meses, su corazón había latido dentro de mi cuerpo; dos latidos por cada uno de los míos.

¿Cómo es posible que no supiera que era ella?

Me di la vuelta para salir de la habitación.

Vi las sandalias que llevaba la persona terriblemente herida que yacía en la cama. Las sandalias con incrustaciones de abalorios que le había comprado en Russell & Bromley, un absurdo regalo de Navidades fuera de temporada, anticipado.

Mucha gente lleva esas sandalias, mucha, mucha gente; las fabrican a miles. No significa que sea Jenny. Eso no puede querer decir que es Jenny. Por favor.

Su resplandeciente pelo rubio estaba chamuscado, su cara hinchada y horriblemente quemada. Dos médicos estaban hablando del porcentaje de SCQ y comprendí que hablaban del porcentaje de su cuerpo que se había quemado. Veinticinco por ciento.

—¿Jenny? —grité, pero no abrió sus ojos. ¿Tampoco ella me oía? ¿Estaba inconsciente? Deseé que así fuera, porque de

otro modo el dolor de su cuerpo habría sido insoportable.

Salí un momento de la habitación, como una persona que se ahoga y sale a la superficie tratando de inspirar una nueva bocanada de aire antes de sumergirse en el mar de compasión, cuando volvería a mirarla. Me quedé en el pasillo y cerré los ojos.

—¿Mamá?

Reconocería su voz en cualquier lugar.

Miré a mi alrededor y vi a una niña acurrucada en un rincón, con los brazos alrededor de las rodillas.

La niña que reconocería entre mil.

El segundo latido de mi corazón.

La abracé.

—¿Qué somos, mamá?

—No lo sé, cariño.

Quizá suene extraño, pero ni siquiera me lo pregunté. El fuego había devorado todo lo que una vez había sido normal. Nada parecía tener sentido.

Pasó una camilla con el cuerpo de Jenny, empujado por el equipo médico. La habían cubierto con una sábana muy fina, montada como una tienda de campaña sobre su piel, para que la tela ni siquiera la rozara.

A mi lado, noté que se estremecía.

—¿Viste tu cuerpo? —pregunté—. Antes de que lo cubrieran, quiero decir.

Traté de ser delicada, pero las palabras cayeron torpemente en el suelo, una pregunta brutal y absurda.

—Sí, lo vi. Me pareció algo así como *El regreso de los muertos vivientes*, ¿no crees?

—Jen, cariño...

—Esta mañana me preocupaban las espinillas que tenía en la nariz. *Espinillas*. ¿No es ridículo?

Traté de calmarla, pero sacudió la cabeza. Quería que ignorase sus lágrimas y aceptara su interpretación.

Necesitaba que lo hiciera. Esa Jenny aún divertida, animada, extrovertida.

Un médico pasó a nuestro lado, hablando con otra enfermera.

—El padre está de camino, pobre hombre.

Fuimos en tu busca.

## Capítulo 4

El gran vestíbulo del hospital estaba lleno de periodistas. Tu fama como presentador del programa documental *Entornos hostiles* les había atraído. «*No es fama, Gracie*», me corregiste una vez. «*Es familiaridad. Como si fuese una lata de judías en salsa*».

Un hombre trajeado llegó y la gente que estaba esperando, armados con cámaras y micrófonos, se movieron hacia él. Me pregunté si Jenny también se sentía vulnerable y expuesta a la marea de personas, pero si así era no dio señales de ello. Siempre había sido tan valiente como tú.

—Haremos una breve declaración —dijo el hombre del traje, como si estuviera enojado ante la presencia de los periodistas—. Grace y Jennifer Covey fueron ingresadas en el hospital a las 4:15 de la tarde, ambas heridas de gravedad. Ahora están en observación en nuestras unidades especializadas. Rowena White también se encuentra ingresada, y sufre de quemaduras menores e intoxicación por inhalación de humo. No tenemos más datos en este momento. Les agradecería que esperaran en el *exterior* del hospital, y no en esta zona.

—¿Cómo empezó el fuego? —preguntó un periodista al hombre del traje.

—Esa pregunta deberá responderla la policía. Ahora, si me permiten...

Siguieron gritando sus preguntas, pero nosotros mirábamos hacia fuera, más allá de la pared de vidrio del vestíbulo, por si llegabas. Estaba atenta para ver el Prius, pero fue Jenny quien te vio primero.

—Está aquí.

Salías de un coche desconocido. Seguramente la BBC había puesto uno de su flota a tu disposición.

A veces, mirarte es como contemplar un espejo: me resultas tan familiar que es como si fueras parte de mí. Pero una máscara de ansiedad cubría tu cara de siempre, y la transformaba en algo extraño. No me había dado cuenta de que casi siempre sonreías.

Entraste en el hospital, y era un absurdo verte allí, en ese lugar frenético, intenso, estremecedor y antiséptico. Tú perteneces a la cocina, sacando una botella de vino de la nevera, o en el jardín enfrascado en tu nueva ofensiva contra las orugas, o a mi lado conduciendo camino a un restaurante, quejándote de los atascos y alabando los GPS. Tu lugar está a mi lado en el sofá, y en el lado derecho de nuestra cama, aproximándote con dulzura hacia mí en medio de la noche. Incluso tus apariciones en la televisión, en plena jungla y al otro lado del mundo, me pertenecen; te vemos, los niños y yo, sentados juntos y apretujados en el sofá. Lo extraño, visto a través de los ojos familiares.

No perteneces a este lugar.

Jenny corrió hacia ti, y trató de abrazarte, pero no sabías que estaba ahí y te apresuraste, corriendo casi, hasta el mostrador de información. Tus zancadas eran de autómatas, tu estado de shock.

—Mi esposa y mi hija están aquí, Grace y Jenny Covey.

La recepcionista reaccionó al momento, debió haberte visto en la tele, y luego te miró con compasión.

—Llamaré al doctor Gawande, bajará a buscarle inmediatamente.